

chos, los marinos apostados que les esperaban sobre las barcas.

Tiberio fué tan buen carcelero como Luis XI; visita ba las prisiones, reconocía perfectamente cada cautivo, y medía los dolores por sus propios resentimientos. Cuando algún preso podía darse la muerte, Tiberio gemía exclamando: "Carvilio se me ha escapado". Cuando las víctimas por singular favor solicitaban el golpe supremo, contestaba: "Todavía no; luego que séamos más antiguos." La sed de sangre se desarrollaba, la necesidad de sensaciones violentas le eran necesarias para sacudir la torpeza de ese gastado deleite, y las sospechas se añadían a los crímenes, los insomnios a los temores del día, el terror a los deseos de venganza. Consultaba sin cesar los astros y los presagios, y todos los que parecían destinados a una suerte brillante, eran desde antes condenados. Su familia y sus amigos quedaron más expuestos que ningunos otros. Nerón, su sobrino, desterrado a la isla de Poncia, se vió obligado a darse la muerte, y Druso, su sobrino, también, pereció de hambre en las cuevas del Palatino. De los veinte senadores que formaron su consejo privado, y que él mismo había elegido por su fidelidad, sólo quedaron cuatro a cinco, pues dió sobre ellos a la menor sospecha, y no contento, hizo matar a Vasculano Atico y Julio Marino, que en su juventud le siguieron a Rodas en su destierro de ocho años, le acompañaron en el Esquilino cuando estaba en desgracia con Augusto, y en Caprea durante tres años, participando de su buena o mala fortuna.

Llegó, en una palabra, a ese estado que se llama frenesí, y tuvo arranques que más bien pertenecen a las bestias feroces que al hombre, aunque a las bestias más les advierte su instinto, que a un tirano sus nervios irritados. Sólo así se explica que la tempestad le hiciera

temblar, y que al amontonarse las nubes, se cubriera con coronas de Laurel, en la creencia de que esta planta apartaba el rayo: que habiendo visto aparecer de improviso a un Rodio que le había dado la hospitalidad, le hiciese aprehender, torturar y luego matar, para borrar la huella de un error que muy tarde reconoció: así se comprende cómo se apoderó de un pescador que escaló las rocas para ofrecerle un gran pez, y lleno de miedo, se vengó haciendo frotar el rostro del celoso adulator, con su mismo pez, y que cuando como verdadero napolitano, se felicitaba de no haber llevado una gran langosta que tenía en su barca, Tiberio la hubiese mandado buscar para hacerle despedazar el rostro con la concha. Así, por último, ¿qué diréis al saber, que de tenida su litera en unos zarzales, baja de ella, se precipita sobre el centurión pretoriano que le alumbraba en su paseo, y le deja por muerto.

Actos de esta naturaleza son de un verdadero furioso, y no se puede menos que creer que ese estado era una perpetua turbación de espíritu interrumpida por accesos de locura. siendo de advertir que Tiberio tuvo algo como presentimiento de esa enfermedad mental, efecto de la intemperancia y de una voluptuosidad sin freno. Cuando el Senado quiso concederle el título de "padre de la patria" (¡qué nombre y qué senado!), Tiberio le respondió:

"Seré siempre semejante a mí mismo, y no cambiaré mi carácter, en tanto que esté sana mi razón: pero "cuidad de encadenaros a los actos de un hombre al "que cualquier accidente pudiera alterar"; y como lo había sentido en sus mejores años, ese accidente se realizó, la alteración se produjo y turbó su razón, porque el hábito de la prostitución, el gusto por la sangre, la ferocidad súbita e instintiva a la vista de un obstácu

lo, de un objeto indiferente o de un hombre inofensivo, es la locura, la peor de todas: el frenesí.

Tan cierto es que perdió toda influencia sobre él mismo, todo imperio sobre su voluntad, todo recuerdo de las cualidades de su juventud y de los deberes de su madurez, que se convirtió en un ser absolutamente incapaz. El buen general, el administrador infatigable, el laborioso vigilante de una red de funcionarios que se extendía sobre el universo conocido, se entregó a la pereza, renunció a la gestión de los negocios y no tuvo ni la aptitud maquina para el trabajo material que hace adquirir la costumbre. Tácito le pinta en sus últimos años: "Incertus animi, fesso corpore," de alma indecisa y cuerpo fatigado. En efecto, los senadores mueren, Tiberio no los reemplaza; los tribunos militares mueren, deja a las legiones sin jefes; llegan los gobernadores de las provincias, volvían, o las dejaban acéfalas, o bien si algunos nombraba, los retenía a su lado hasta la expiración de su mandato, mientras que sus segundos, hombres oscuros, las administraban en su lugar. La España y la Siria estuvieron muchos años sin gobernadores; los bárbaros insultaban las fronteras: la Armenia era destruída por los Parthos, la Messia por los Dacios, la Galia entregada a las incursiones de los Germanos. Suetonio dice formalmente, que la incuria de Tiberio era tan profunda, que no cuidaba ni del honor ni de los peligros del pueblo romano. (1)

Comprendía al mismo tiempo que estaba odiado de todo el mundo: ese odio crecía y daba valor a los que

(1) Republicae curam usque adeo abjecit.....magno decore imperii, nec minore discrimine. (Vida de Tiberio, 41.)

se condenaba a morir, que marchaban al suplicio insultándolo. Se escribían libelos que no sólo circulaban en Roma, sino que se hacían llegar a manos del tirano, y que encontraba en la orquesta cuando iba al teatro de Caprea, de Nápoles o de Atella; los bárbaros le insultaban por medio de sus embajadores y se le afrentaba desde las más remotas provincias. Recibió una carta de Artaban, Rey de los Parthos, que acabó de exasperarle: en ella le reprochaba su cobardía, sus crímenes, sus parricidios; le recordaba que era el objeto de la execración de los romanos, y le excitaba a hacer justicia, poniendo término a los males del imperio, y al odio de los ciudadanos, por una muerte voluntaria.

Al mismo tiempo que comprendía que se le detestaba, odiaba a la humanidad, y repetía a menudo un verso griego que significaba:

¡Ojalá y tras de mí sea abrasada la tierra!

Los miembros de su familia que aún existían, eran para él un espectáculo abominable en el que buscaba o una ferocidad naciente o lo que la humanidad tiene de más espantoso. Un día hizo que se le aproximase su nieto Tiberio Gemelo, muy joven para reinar, y le dió un beso delante de Calígula designado ya para que le sucediese; pero sorprendió en los ojos de Calígula, no sé que brillo feroz, y le dijo con frialdad: "¡Tú le matarás, pero otro te matará a tí;" reasumiendo de esta manera toda la filosofía de la historia de aquella época, y dando la última palabra del imperio.

Inhumano y misántropo no se odiaba menos a sí mismo y se veía a sí propio con disgusto. El remordimiento que se cree que sólo pertenece a las conciencias delicadas, no perdona a los ilustres malvados; toma solamente otra forma y se cubre con el disfraz de la violen

cia, y entonces el suplicio es más cruel. Tácito aplicó a Tiberio esta reflexión tomada de un sabio de la antigüedad: "Si se abriera el corazón de un tirano, se le vería traspasado y ulcerado. Así como se despedaza un cuerpo a latigazos, de la misma manera se despedaza una alma por la crueldad, la prostitución y la injusticia". Y si esto no basta, ¿queréis la confesión del mismo Tiberio? Tenemos el principio de una carta que escribía al senado, y que decía así:

"¿Qué os escribiré, Padres Conscriptos? ¿Cómo escribiré? O mejor dicho, ¿qué os escribiré en estas circunstancias? Si lo sé, que los dioses y las diosas me envíen una muerte más cruel, que la que me devora todos los días."

¡Oh verdad magnífica y consoladora! ¡Oh confesión llena de sinceridad! ¡Oh moral vengada! ¡Oh triunfo de las gentes honradas! Roma está a los pies de Tiberio; pero según su propia confesión es el más miserable de los romanos: es el terror de todo el imperio, pero nadie en todo el imperio es más digno a la vez de desprecio y de piedad.

A esa Roma que detestó, que diezmó, que temió, se acercó en el momento de las represalias más activas contra el partido de Sejano. El gran justiciero de Caprea, queriendo estimular el celo de los cónsules, los decretos del senado, la espada de Macron, y los verdugos, desembarcó en Campania, y avanzó dos jornadas sobre Roma; esta demostración bastó.

Un movimiento secreto le impulsó otras dos veces a la ciudad eterna, y manifestó el deseo de entrar a ella. La primera subió a una galera, pasó la embocadura del Tiber en Ostia; después, recorriendo las orillas del río, tan llenas de emociones graves y tranquilas para los

viajeros felices, o para las conciencias honradas, llegó al pie del Janículo,

Otra vez hemos descrito la inmensa naumaquia que Augusto hizo cabar, para recibir las aguas, y dar al pueblo el gigantesco espectáculo de un combate naval, en que 20,000 prisioneros de guerra divididos en dos flotas, se degollaban sin piedad. Más tarde el mismo Augusto convirtió ese espacio en jardines fáciles de regar y que se llamaban los "Jardines de los Césares" que estaban cerca del actual Vaticano. Tiberio descendió, pasó algunas horas en esos jardines, subió de nuevo a su galera y regresó a Caprea. No vió a nadie, ni nadie le vió porque había cuidado de hacer escalonar a los pretorianos, que alejaban con sus picas a los curiosos y a los transeúntes.

La segunda vez, poco tiempo antes de su muerte, fué por tierra, siguió la vía Apia y se detuvo a siete millas de Roma. Se detuvo sobre ese magnífico punto, desde el que se contempla uno de los espectáculos más tranquilos y majestuosos del mundo, la llanura de Roma. Vió los muros de Servio Tulio, los templos con sus frontones pintados de brillantes colores, el Capitolio y los bellos monumentos amontonados sobre las siete colinas, el templo de Apolo Palatino, que le indicaba la casa de Augusto y la suya propia; pero apenas admiró Tiberio la capital del mundo; sin decir una palabra, le volvió la espalda como si hubiera sido arrojado de aquel lugar por una fuerza invencible. La sola vista de aquella ciudad que llenó de dolores y crímenes, hizo huir al cobarde, que siempre huyó ante los que temía, ante Augus-

to, Livia y Sejano, hasta que se confinó a un antro como una bestia feroz. Tuvo miedo porque se interpuso un velo sangriento entre él y la ciudad eterna; creyó escuchar ruido de cadenas, y el concierto de maldiciones que el viento le llevaba en sus alas: las vengadoras Furias torturaban su corazón, y el ensangrentado espectro de la patria se levantaba ante sus ojos, para confundir a su verdugo.

Tiberio, con el alma destrozada para siempre, pretendió volver a su retiro de Caprea, pero no pudo lograrlo: le esperaba la muerte en el cabo Miseno, en la "villa de Lúculo." Calígula y Macron, prefecto del pretorio, le acompañaban, e impacientes por apresurar los últimos momentos del asqueroso moribundo, le ahogaron bajo unos almohadones.

Muerte digna de Tiberio, señores, digna de un frenético. Cuéntase que en tiempos menos remotos, una bárbara costumbre condenaba al hombre atacado de hidrofobia a contemplar cómo se aceleraba su agonía, cuando se presentaban los accesos del mal, y no sólo era permitido a su familia, sino que ésta creía un acto piadoso, ahogarlo debajo de un colchón. Tiberio murió como si le hubiera mordido un perro rabioso, ahogado por los suyos, temerosos de su horrible enfermedad; y esto fué natural y lógico, porque estaba poseído de la rabia más negra: por sus venas corría el veneno más terrible: la saciedad y la infatuación del poder. Desear lo todo con medios raquíticos; arreglarlo todo con una razón pequeña y ciega; igualarse a Dios con órganos impotentes y una materia frágil, es el camino seguro que lleva a la locura.

La medida, la estabilidad, los límites dictados por la justicia, con las bases de toda sociedad: no puede haber equilibrio si el individuo no está refrenado, ni vir-

tud tampoco si la sociedad es impotente para él. Hablamos hace poco de una terrible enfermedad, para hacer más tangible la idea, permitidme que tome una comparación familiar de la medicina. Cuando un médico aplica ventosas, esto es, cuando hincha cualquiera parte del cuerpo por la presión del aire, esa parte se tumefica y se llena de pus: de la misma manera, si a una alma se le quita la atmósfera de la opinión pública y la presión de las leyes se infla, se llena de orgullo, de amargura, de insolencia, hasta que se forma el absceso y revienta.

No busquéis en Tiberio como otras veces se ha pretendido, ni a un Luis XI que deseaba la unidad de la Francia y la independencia de la dignidad real, ni a un Luis XV voluptuoso y abandonado: buscad más bien, y esto será una provechosa lección, la más memorable víctima del poder absoluto, Tiberio no fué siempre un monstruo, sino un hombre como nosotros, mejor dotado que nosotros; si este descendiente de los ilustres Claudios hubiera vivido en tiempo normal y en un país libre, se habría contenido, y hubiera sido fuerte, útil y dichoso, habría dejado quizá una gloria sin mancha; como la mayor parte de sus abuelos; pero nació y creció en una atmósfera mefítica, rodeado de ejemplos detestables, sometido al contagio de la omnipotencia, conociendo sus apetitos, ilegalidades y pasiones; pasó por la bajeza, el miedo, la desesperación y la servidumbre voluntaria, antes de que un brusco cambio le arrojase sobre el trono, envilecido y enervado, en medio de peligros, traiciones, lisonjas y sospechas. De manera que sufrió durante cerca de medio siglo, una desmoralización lenta, que le degradó, haciéndole inferior a las bestias, y le condujo a la rabia y al frenesí. El tirano justamente execrado, comienza y concluye en Caprea.

Tiberio es, pues, señores, una demostración elocuente y formidable de los peligros del despotismo, tanto para los soberanos como para los pueblos, porque éstos no tienen el derecho de pedir a un príncipe que sea bueno, cuando las instituciones que los rigen son malas. La fatalidad que pesa sobre los héroes de la antigua tragedia griega, pesó muy duramente sobre Tiberio: esta fatalidad fué: "¡La Herencia de Augusto!"

FIN

INDICE

I.—La muerte de Augusto.....	5
II.—La juventud de Tiberio.....	32
III.—El destierro en Rodas.....	55
IV.—La adopción.....	77
V.—El reinado de Livia.....	100
VI.—Sejano.....	128
VII.—La Isla de Caprea.....	152

**¡DOS NOVELAS
POLICIAICAS
FORMIDABLES!**

**El Testamento de
BASIL CROOKES**

**El Crimen del
HOTEL BROOME**

Lo más intrigante.
Lo más misterioso.
Lo más cautivador.
¡Lo mejor que se ha escrito!

CADA UNA	\$2.00
Las DOS	„ 3.50

Haga usted su pedido acompañando el importe, y se lo serviremos a vuelta de correo en paquete certificado o por express.

BIBLIOTECA ECONOMICA

Jardín de San Fernando No.5

Apdo. P. 10700 - México, D.F.

No tema a la Miseria

Gánese \$10.00 diarios con capital de \$50.00

EXPLOTE CUALQUIERA DE LAS INDUSTRIAS CONTENIDAS EN EL MAGNIFICO FORMULARIO INDUSTRIAL

LA LLAVE DE LA FORTUNA

Y VIVA INDEPENDIENTE Y FELIZ

BARNICES, CERVEZAS, CRÉMAS, PERFUMES, TINTAS, LICORES, JABONES, etc. etc. FORMULAS CLARAS, SENCILLAS, EXACTAS, FACILMENTE COMPRESIBLES

Este libro no es una enciclopedia de formulas inútiles, sino una selección cuidadosa y práctica de seguro éxito, que puede conducir a la fortuna, al bienestar e independencia de la familia.

DOS PESOS ejemplar
FRANCO DE PORTE

En los pedidos por reembolso aumentaremos cuarenta centavos que es el importe de ese servicio.

Pedidos a la BIBLIOTECA ECONOMICA. Apartado, Postal 2799, o al Jardín de San Fernando 5. México, D. F.

Biblioteca de Ideas y Estudios Contemporáneos

GUGLIELMO FERRERO

LAS MUJERES DE LOS CÉSARES



M. AGUILAR.—Editor
Marqués de Urquijo, 39.—MADRID